REBELDÍAS EN EL PROSCENIO DE LA HISTORIA

Conflictividad campesina en la provincia de Zaragoza durante el primer franquismo (1939-1956)

Óscar López Acón[1]
Universidad de Zaragoza

«y en páramos malditos, trabaja, sufre y yerra»

Antonio Machado[2]

«Era muy difícil identificar en la asustada y mísera población de posguerra a la mitad vencedora», por el contrario, predominaba «una inmensa mayoría recorrida por el silencio». «En esa España –como escribe Ruiz Carnicer–, muy pocos podían gritar».[3] Las autoridades franquistas restringieron toda posibilidad de protesta y movilización, al impedir legal o arbitrariamente que se produjeran acciones colectivas de signo contrario a las élites en el poder.[4] Para tal fin sirvieron la victoria militar sobre el adversario político en la guerra y su eliminación física, una jurisdicción militar omnipotente, el aumento de las penas, la creación de nuevos tipos delictivos de acuerdo a ideas ultraconservadoras y la desarticulación de todas las organizaciones políticas y sindicales. La comisión de cualquier práctica de disenso o protesta podía acarrear una sanción punitiva desproporcionada; además, no cabía es-

[1] El presente trabajo ha sido desarrollado gracias a un contrato predoctoral DGA, Departamento de Innovación, Investigación y Universidad del Gobierno de Aragón y Programa Operativo FSE Aragón 2014-2020 y se inscribe en el Grupo de investigación "H02-20R. Politización y políticas del pasado en la España Contemporánea". Agradezco las lecturas críticas del texto realizadas por los coordinadores del dossier. Correo electrónico: olacon@unizar.es

[2] Antonio Machado, «Por tierras de España», *Campos de Castilla*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 50-51 (1.ª ed., 1912).

[3] Jordi Gracia García y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana,* Madrid, Síntesis, 2001, p. 44.

[4] Rafael Cruz, «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX», *Historia Social*, 31 (1998), pp. 137-152.

DOSIER: *Zaragosa amotinada: protesta popular y politización urbana (siglos XVII-XX)*, Álvaro París e Ignacio García de Paso (coords.)
Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 113-132 ISSN 0214-0993

perar nada de una justicia que rechazaba violentamente el principio garantista del positivismo jurídico.[5] Sin embargo, el régimen de Franco tuvo que enfrentar desde sus orígenes diferentes formas de resistencia. La sumisión a la dictadura no fue total. Las autoridades franquistas no solo estaban lejos de conseguir el deseado consenso tan firmemente proclamado en su propaganda, sino que, desde el final de la guerra detectaban actitudes sociales que pasaban por el malestar y la pasividad con respecto al Régimen.[6] El campo zaragozano en los años cuarenta, además de presentar numerosos marcos de fractura, manifestó una pléyade de realidades conflictivas que hicieron de esta pretendida «paz social» franquista una entelequia. En aras de aproximarnos a ello, se pretende partir del análisis de dos hechos contenciosos. El primero, se refiere al desencadenamiento de un motín en la localidad de Tarazona el 17 de noviembre de 1940, cuando tenía lugar un partido de fútbol. Seguidamente, se analizará un motín antifiscal paradigmático acontecido en Maella el 13 de marzo de 1956. Más allá de la constatación de una determinada tipología de repertorios de acción colectiva, el presente estudio, que trata de dilucidar ámbitos como los espacios, los protagonistas y sus ideas, ofrece una explicación de este tipo de manifestaciones dentro del marco cultural en el que tuvieron lugar.

Episodios de confrontación en la Zaragoza rural

La protesta social constituye un hecho excepcional por cuanto rompe el devenir cotidiano. Se presenta, asimismo, como un observatorio privilegiado para aprehender formas de identidad colectiva, comportamientos rituales y discursos de la gente corriente. El motín es la tribuna popular, es allí donde tenemos la oportunidad de oír las voces de aquellos, que, normalmente, permanecen callados; en el motín su voz se hace audible.[7] Las herramientas culturales para

[5] Ignacio Tébar Rubio-Manzanares, «El "derecho penal del enemigo": de la teoría actual a la práctica represiva del "Nuevo Estado" franquista», *Pasado y Memoria*, 13 (2014), pp. 227-250. Gutmaro Gómez Bravo, «La política penitenciaria del franquismo y la consolidación del Nuevo Estado», *ADPCP*, LXI (2008), pp. 165-197.

[6] Un trabajo pionero en poner de manifiesto esta realidad fue el de Ángela Cenarro Lagunas, «Las múltiples formas de la resistencia cotidiana al régimen de Franco en Aragón 1936-1945», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Carmen Frías Corredor (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: actas del II Congreso de Historia Local de Aragón* (Huesca, 1999), Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Universidad de Zaragoza, 2001, pp. 349-358. En la misma línea, bajo la influencia de la alemana *Alltagsgeschichte* o historia de la vida cotidiana, destaca el «Proyecto Valencia» dirigido por Ismael Saz. Una síntesis de sus contribuciones en Ismael Saz, «Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra», en Ismael Saz y J. Alberto Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 39-35.

[7] Víctor Lucea Ayala, *El pueblo en movimiento: la protesta social en Aragón (1885-1917)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. 35-36. Eric J. Hobsbawm, «De

pensar el mundo se manifiestan en las acciones, al mismo tiempo que producen y expresan significados en las relaciones sociales. Las formas de acción colectiva de tipo tumultuario, como son los motines de subsistencia, las protestas callejeras, los disturbios o alborotos, son expresiones de desobediencia hacia las autoridades más o menos espontáneas, propias de grupos sociales subordinados que, si bien se caracterizan por un súbito estallido, motivado por una razón concreta –como una carestía que podía derivar en hambre y miseria–, están lejos de ser espasmódicas o irracionales. Un motín constituye un comportamiento colectivo complejo, con objetivos razonablemente definidos, prácticas específicas y estrategias acordes con un cálculo de oportunidad política.[8]

En nuestra aproximación encontramos formas de protesta en los lugares *a priori* más insospechados. En una cotidianidad asfixiante, los graderíos de los campos de fútbol podían convertirse en un espacio donde canalizar el desahogo por las frustraciones en las existencias personales.[9] En algunos casos, más que constituir una válvula de escape de las tensiones sociales, podían derivar en foco de explosión y desencadenar protestas y tumultos,[10] como ocurrió el 17 de noviembre de 1940 en Tarazona. El suceso comenzó cuando el árbitro, tras una riña, expulsó a un jugador, lo que provocó una fuerte protesta del público, por creer injustificada la expulsión. Los gritos de «la masa» reclamaban que el árbitro fuese encarcelado, por haber actuado con parcialidad –según parece, ya había arbitrado otro partido en el mes de septiembre, causando resquemor entre los vecinos–. La situación se precipitó cuando el campo de fútbol fue desalojado y el público se lanzó sobre el césped, teniendo que intervenir los agentes de la autoridad. A fin de que el árbitro no fuese agredido, fue escoltado a una fonda; pero, una vez que se puso en marcha el coche «por la precipitación con que quiso ponerse fuera del alcance de la multitud, adquirió una excesiva velocidad, no atropellando a un niño, por milagro; y al llegar a la plaza de la Seo de dicha localidad, el público en masa hizo una protesta escandalosa, con voces contra la Autoridad, haciéndole

la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social*, 10 (1991), pp. 5-26. Edward P. Thompson, «Folklore, antropología e historia social», *Historia Social*, 3 (1989), pp. 81-102.

8 Eduardo González Calleja, *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 29. Manuel Pérez Ledesma, *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, Nerea, 1990, pp. 165-170 y 212-217.

9 Rafael Abella, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Barcelona, Argos Vergara, 1985, pp. 114-117.

10 Ramiro Reig, «Repertorios de la protesta. La posición de los trabajadores durante el primer franquismo», en Ismael Saz y J. Alberto Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 37-76, esp. pp. 45-46.

Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 113-132 issn 0214-0993

culpable de lo sucedido, por no haber detenido al árbitro».[11] Uno de los vecinos que más se destacaron en el tumulto, Juan Calvo Rodrigo, fue detenido *in situ*, causando gran indignación entre la multitud; dando lugar a que el guardia Francisco Huerta, que fue agredido, «repartiera varios palos y sacara el revólver», aunque sin disparar. Seguidamente, «al pasar por el puente de la catedral, un grupo que había en el paseo de Calvo Sotelo, lanzó unos *gritos de protesta contra la Autoridad* (subrayado del autor)». El jefe de Policía resaltaba que eran frecuentes los casos en que, con ocasión de celebrarse partidos de fútbol, sucedían incidentes parecidos, con alteraciones del orden público. Como consecuencia, fueron prohibidos y a varios de los participantes en el tumulto le fueron impuestas multas de quinientas pesetas.[12]

El desencadenamiento de motines en espacios destinados al ocio no es infrecuente sino que se inserta en una tradición de repertorios de acción colectiva. Los motines tenían lugar en aquellos espacios públicos y núcleos de sociabilidad –como la plaza del mercado–, que brindaban una salvaguarda colectiva frente a la represión al garantizar cierto nivel de anonimato; y donde la gente, por razón de su número, se sentía fuerte –como escribió Thompson–.[13] En este sentido, basta con recordar episodios de violencia tumultuaria protagonizados por el *menu peuple* de Barcelona tras una corrida de todos en la Barceloneta en 1835, en el marco de la Revolución liberal española. En Haro, una localidad de La Rioja, en 1896, durante los años de la guerra de Cuba, se desencadenó la protesta por las tensiones latentes y el malestar contra la autoridad a consecuencia de la suspensión de una novillada.[14] La fiesta, como señala Maurizio Ridolfi, «puede ser al mismo tiempo, fuente de legitimidad y estabilidad para el poder; pero también ocasión de estímulo en la construcción de prácticas sociales y retóricas públicamente antagonistas respecto a los rituales oficiales»; un marco social y cultural donde se abren espacios para actos creativos y para la mutación de los contenidos originarios.[15] De

[11] Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Gobierno Civil (GC), Caja A-8797, Exp. 82.

[12] *Ibidem*.

[13] Edward P. Thompson, «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 62-134, esp. p. 132. (1.ª ed. 1979). Anna María García Rovira, «Liberalismo no respectable i poble menut urbá: bullangues i revolució liberal (1832-1835)», *Recerques: Història, economia i cultura*, 22 (1989), pp. 45-62.

[14] Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2002, p. 39.

[15] El análisis de la fiesta desvela algunos fenómenos concernientes a los procesos tanto de politización como de sacralización política. Maurizio Ridolfi, «Fiestas y conmemoraciones», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón, (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, pp. 59-96, esp. pp. 60 y 82-83.

igual modo, Pitt-Rivers señala que por su misma naturaleza, debido al «relajamiento» de las normas que se da en todas las fiestas, y al fenómeno de la inversión que permite socavar la autoridad –especialmente en carnaval, aunque no exclusivamente–, «afloran a la superficie conflictos de clase que a veces desbordan su función de rebelión ritual y se convierten en motín».[16] No es casualidad que el Régimen franquista sometiera a una estrecha vigilancia todos los espacios de sociabilidad, hasta los campos de fútbol. La constante presión ejercida sobre la población para que se identificara con los símbolos del nuevo Estado catalizó en ocasiones en la expresión de malestar social latente. García Piñeiro rescata un incidente producido en 1948 en las inmediaciones del campo de fútbol del Real Avilés que a punto estuvo en acabar en pelea callejera, cuando un individuo se negó a portar el distintivo del Frente de Juventudes manifestando que «no daba un céntimo por la organización».[17] Los sucesos ocurridos en Tarazona, como ponen en evidencia las fuentes, acabaron desencadenando una protesta tumultuaria que adquirió los rasgos de un motín, en flagrante contraste con una simple «reyerta».[18]

En palabras del escritor Vázquez Montalbán, «entre 1939 y 1945 España vivió unos años deshojando la margarita».[19] La Segunda Guerra Mundial alentó las esperanzas entre aquellos –especialmente los más concienciados– que veían en la posible intervención de las potencias democráticas una vía para derrocar al Régimen franquista; por el contrario, para otros sectores, a la altura de 1944, la inminente derrota de las potencias del Eje constituyó una fuente de intranquilidad y miedo. A todas luces, como expone Sevillano Calero, se produjo una intensa politización que se canalizó por medio de rumores.[20] Esta circulación de opiniones fue una vía de articulación del disenso de la población rural zaragozana, uno de los pocos mecanismos disponibles

[16] En perspectiva antropológica, la fiesta como "hecho social total", que refleja distintos niveles reales o simbólicos, en Julián Pitt-Rivers, «La identidad local a través de la fiesta», *Revista de Occidente*, 38-39 (1984), pp. 17-35. Véase también Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le Carnaval de Romans: de la Chandeleur au Mercredi des Cendres (1579-1580)*, París, Gallimard, 1979, pp. 232-233.

[17] Ramón García Piñeiro, «Resistencias espontáneas al franquismo en Asturias durante la posguerra», en Santiago Castillo y Roberto Fernández (coords.), *Campesinos, artesanos y trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Lleida, Milenio, 2001, pp. 659-670, esp. p. 670. La penalización de la «protesta lúdica» es estudiada por Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir: Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000, pp. 91-99.

[18] AHPZ, GC, Caja A-8801, Exp. 47, 48 y 49. «Gobierno Civil de la Provincia de Zaragoza. Año de 1959. Negociado 3º. 1-64-44», AHPZ, GC, Caja A-41692.

[19] Manuel Vázquez Montalbán, *Crónica sentimental de España*, Barcelona, Lumen, 1971, p. 7.

[20] Francisco Sevillano Calero, *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 105-106.

por el cual se podía crear y mantener un discurso político subversivo contra el poder.

Con fecha de octubre de 1944, el gobernador civil de Zaragoza, Eduardo Baeza Alegría, informaba de que el vicecónsul inglés de Zaragoza, el Sr. Antonio Valverde Gil, realizaba «una gran propaganda en favor de las fuerzas aliadas» desde un local en la calle Costa al que concurrían antiguos militantes de izquierdas y desafectos del Régimen, donde recogían «el parte de guerra soviético encubierto con el nombre de "Parte del Este"»[21]. El vicecónsul había extendido su radio de acción a los pueblos de la provincia, donde se trasladaba, a veces personalmente, «haciendo entrega de esa propaganda a los más significados izquierdistas de cada pueblo».

> En Calatayud, hizo entrega de la propaganda un tal Emilio Ponce Maeso, llegado exclusivamente de Madrid con este objetivo; en el vecino pueblo de Alagón fue personalmente el Sr. Valverde Gil el que hizo la distribución de folletos visitando, entre otros, a un médico llamado Roque López (expulsado del cargo de Jefe de FET y de las JONS) y a un farmacéutico apellidado Blesa. De una temporada a esta parte se viene observando que el señor Valverde se traslada con más frecuencia a los pueblos de la provincia de Tarazona (*sic*).

El domingo 8 de octubre de 1944, a las cuatro de la tarde, la hora de más concurrencia, el automóvil oficial del vicecónsul se paró a repartir folletos y propaganda en torno a los bares «La Terraza» y «El Sol» (Bar Laborda) del paseo de la localidad –hoy, paseo de la Constitución–. El alcalde de Tarazona y jefe local de Falange, «al ver que se reunían en torno al coche destacados elementos rojos de la localidad juntamente con más de cien personas», ordenó a la guardia municipal detener el reparto aduciendo que, «aun cuando su propósito no fuera exacerbar pasiones políticas y producir alteraciones de orden, lo cierto es que las consecuencias de tal reparto serían reuniones clandestinas, manifestaciones verbales contrarias al Régimen en calles y establecimientos públicos y actitudes ostentosamente rebeldes en todo caso», y el exacerbamiento de «filias y fobias». En el grupo figuraban destacadas personas contrarias al Régimen; «entre los elementos peligrosos se encontraba Agustín Berrozpe Enciso, detenido en los primeros meses del Movimiento en la cárcel de Zaragoza, el cual al parecer entregó una lista de nombres a uno de los ocupantes del automóvil». Algunas semanas después, el 30 de octubre, se presentó el mismo vicecónsul en persona, en el Bar Laborda, situado en la avenida del General Franco, para repartir propaganda. El alcalde de Tarazona prohibió este acto,

[21] «Nota Informativa muy reservada. Gobierno Civil de la Provincia de Zaragoza. 18 de octubre de 1944», «Tarazona, 11 de octubre de 1944», en AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 7

pero «el reparto ya se había verificado entre el regocijo no disimulado de las gentes que acudieron a recibirlo»; «fue repartida en el momento, ya que casi se la arrebataban de las manos».[22] El vicecónsul informó al gobernador civil de ese «desagradable incidente» por vía telefónica, denunciando que el alcalde había actuado de forma beligerante interfiriendo «el reparto de propaganda inglesa sobre el curso de las operaciones de la guerra, hasta el punto de que los agentes encargados de recogerla adoptaban represalias contra aquellas personas que sorprendían con algún ejemplar»; y haciendo hincapié, asimismo, en el hecho de que estos mismos agentes se encargaban luego de distribuir propaganda alemana.[23]

Episodios como este ponen de manifiesto la existencia de una dinámica de politización en el mundo rural. Aunque las fuentes dimanadas de la autoridad franquista suelen concebir como una amenaza izquierdista cualquier tipo de disenso; no parece descabellado plantear la hipótesis de la existencia de ciertas redes informales de opinión nucleadas en torno a las gentes adscritas a la izquierda.[24] Estas personas se reunían en lugares públicos[25] como el Bar Laborda. Su propietario, Juan Laborda —conocido jefe de Izquierda Republicana—, era el padre de Fernando Laborda Serrano, también de izquierda republicana y alcalde del Frente Popular de Tarazona ejecutado en Ejea de los Caballeros tras el golpe de Estado, el seis de agosto de 1936. Su prima hermana, Amparo Laborda, había sufrido la represión igualmente, en este caso mediante el escarnio público y el rito punitivo del rapado del cabello.[26] El reparto de propaganda resultaba harto peligroso en una localidad como Tarazona, y más especialmente

[22] «Negociado 1337. Secreto. Dirección General de Seguridad. Zaragoza 30 de octubre de 1944», en AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 7

[23] «Negociado 358. British Viceonsulate. Zaragoza. 10 de octubre de 1944», en AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 7

[24] El «Parte inglés» constituyó una ventana de esperanza para una minúscula oposición durante los años del fascismo. En Almería, a finales de abril de 1941, fue desarticulada una red de izquierdistas cuyas actividades giraban en torno a las oficinas de los agentes consulares ingleses. Sus actividades comprendían además la cotización al Socorro Rojo Internacional y la asistencia a huidos, escondidos y presos. Ocho de los detenidos fueron condenados a muerte en un Consejo de Guerra. Óscar Rodríguez Barreira, «*Cuando lleguen los amigos de Negrín...* Resistencias cotidianas y opinión popular frente a la II Guerra Mundial. Almería, 1939-1947», *Historia y Política*, 18 (julio-diciembre, 2007), pp. 295-323. Ídem, *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*, Almería, Universidad de Almería, 2008, pp. 109-144.

[25] A este respecto, los espacios de sociabilidad republicana en Tarazona desde finales del siglo XIX, en Mónica Vázquez Astorga, «"Ecos... Y noticias". Tarazona (Zaragoza) y sus antiguos grandes cafés», *TVRIASO*, XXIII (2016-2017), pp. 53-72.

[26] Roberto Ceamanos Llorens, *Los años silenciados. La II República en la Comarca de Tarazona y el Moncayo (1931-1936)*, Tarazona, Comarca de Tarazona y el Moncayo, p. 181. Julián Casanova *et. al.*, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 580.

«porque coincidió con los sucesos de la frontera», sucesos que por diferentes medios se habían conocido «rápidamente y con todos los detalles», en palabras del alcalde.[27]

Aquellos sucesos de frontera no eran otros que la invasión del Valle de Arán por las fuerzas guerrilleras de la Unión Nacional Española (UNE), promovida por el PCE, en octubre de 1944, que marcaría el inicio de la lucha del maquis en Aragón. La guerrilla constituyó uno de los canales fundamentales de la conflictividad de posguerra al actuar de catalizador de toda una multiplicidad de formas de resistencia campesina.[28] El fin de la Segunda Guerra Mundial y la intensificación de la lucha guerrillera desencadenaron todo un conjunto de rumores o discursos subversivos entre la población rural zaragozana. Algunos rumores decían que en Francia «tenían constituido un ejército, con material moderno, aviación propia y oficialidad preparada que actuaría en la conquista de España próximamente». En mayo de 1945 «existía un temor muy generalizado a la actuación del "maquis" español» tan pronto como el deshielo abriese los caminos de la frontera. El temor crecía «al compás de los avances rusos hacia Berlín». Se comentaban noticias de que Negrín iba a trasladarse a Francia desde donde dirigiría una ofensiva contra España; también se hablaba sobre la actuación de la ONU con respecto a España, y algunos llegaban a comentar «con cierto pánico», que José Giral tenía 140 000 hombres en la frontera francoespañola dispuestos para la invasión.[29] Sin embargo, los rumores sobre vientos favorables para el cambio político dieron lugar a la frustración entre muchos por el devenir de los acontecimientos. Los partes mensuales de FET-JONS ponen de manifiesto que «los comunistas parecen desconcertados por el poco ambiente, incluso moral, que encuentran (…) son muchas las coyunturas que se les han presentado para un pretendido cambio de Régimen y ven que todas ellas son salvadas por Franco».[30]

[27] «Negociado 1337. Secreto. Dirección General de Seguridad. Zaragoza 30 de octubre de 1944», en AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 7.

[28] Mercedes Yusta Rodrigo, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Presas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 85-105. El acontecer de la guerrilla antifranquista en Zaragoza en Óscar López Acón, «Armas contra la dictadura en la Zaragoza campesina (1944-1950)», *Revista Jerónimo Zurita*, 95 (otoño, 2019), pp. 195-221.

[29] Las siguientes citas proceden de «Partes mensuales correspondientes a los meses de febrero y mayo 1945», Delegación Nacional de Provincias (DNP), Secretaria General del Movimiento (SGM), Archivo General de la Administración (AGA), Presidencia, Caja 51/20688.

[30] «Partes mensuales correspondientes al mes de marzo y noviembre de 1946», DNP, SGM, AGA, Presidencia, Caja 51/20689.

Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 113-132 ISSN 0214-0993

El espacio público como escenario: un motín paradigmático

Las protestas tumultuarias en los años cuarenta, como ya apuntábamos, son escasas numéricamente, especialmente si las comparamos con el periodo precedente. Sin embargo, hay espacios potenciales para el motín por la concomitancia de una serie de elementos. Las colas de racionamiento eran lugares típicos donde solían producirse tumultos y protestas por la carestía de la vida. Allí acudían las mujeres, como tradicionalmente habían hecho en el mercado, para proveerse de alimentos. Eran espacios donde tenían contacto unas con otras, donde se tejían las redes de solidaridad y ayuda mutua. Las mujeres actuaban en defensa del cumplimiento de su rol tradicional de género. Ellas eran conscientes de que tenían el deber de conservar la vida asegurando el bienestar de la familia y el cuidado de los hijos, pero también consideraban que estos deberes entrañaban unos derechos y, cuando estos eran vulnerados, se rebelaban contra el Régimen. Si el Estado no les garantizaba su derecho de abastecer a sus familias no podía reclamar su lealtad.[31] Unas veces lo hacían de forma individual, expresando su indignación a través de críticas y comentarios donde cabía el insulto y la imprecación; en otras ocasiones, se servían de estas redes tejidas en mercados, calles o plazas para protagonizar acciones colectivas. La autoridad percibía este tipo de acciones y protestas como verdaderas acciones subversivas cuyo objetivo era atacar y desestabilizar al Régimen, y como tales eran castigadas.[32] El poder trataba de controlar por todos los medios la circulación de información en estos espacios; no dejaban pasar cualquier verbalización del descontento. Ante «el incremento de los bulos, chistes y comentarios» que se venían observando, la Secretaría Local de Falange de Zaragoza había dado a los jefes de Sección consignas para que cortasen en el acto las conversaciones «en las que se murmura contra la actuación de la FET y de las JONS en los actuales difíciles momentos».[33] Sin embargo, las manifestaciones de ira colectiva eran escasas, más aún en un contexto en el que las fuerzas del orden tenían un control muy intenso de la población, es-

[31] Claudia Cabrero Blanco, «Espacios femeninos de lucha: "rebeldías cotidianas" y otras formas de resistencia de las mujeres durante el franquismo (Asturias, 1937-1952)», *Historia del presente*, 4 (2004), pp. 31-46. Temma Kaplan, «Conciencia femenina y acción colectiva, el caso de Barcelona, 1910-1918», en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y Género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 267-296. Edward P. Thompson, «La economía moral revisada», en Edward P. Thompson, *Costumbres en Común,* Barcelona, Crítica, 1991, pp. 294-393, esp. pp. 374-35.

[32] Mercedes Yusta Rodrigo, «Rebeldía individual, compromiso familiar y acción colectiva: las mujeres en la resistencia al franquismo durante los años cuarenta», *Historia del presente*, 4 (2004), pp. 63-92.

[33] «Parte mensual correspondiente al mes de enero de 1941», DNP, SGM AGA, Presidencia, Caja 51/20579.

pecialmente en el mundo rural, donde la falta de anonimato facilitaba la represión.[34] No en vano, había ocasiones en que las protestas derivaban en tumultos. El 5 de agosto de 1940 el alcalde de Sos del Rey Católico manifestaba que:

> Son muchas las quejas que constantemente recibo, y peor aún las correcciones que la impaciencia de muchas mujeres de braceros del campo me obligan a imponer por los escándalos que al intentar proporcionar la ración a sus maridos y no existir ésta, producen en la puerta de la Expendeduría.[35]

Estas estrategias, lejos de constituir actos heroicos, dan cuenta de una lucha cotidiana por preservar la dignidad, la vida y salvaguardar la familia, como expone Irene Murillo. Las mujeres ocupaban el espacio público como una prolongación de sus actividades en el espacio privado y, a través de su acción, evidenciaban la incapacidad de las autoridades franquistas para alimentar a la población.[36] Cuando las mujeres tomaban parte en la revuelta, vetadas como estaban de los asuntos públicos, estaban irrumpiendo de lleno con «armas propias» en la política local, y ahí ejercían una eficacia gestual contundente y explícita al actuar de modo diferente a los hombres. Las mujeres que tradicionalmente participaron en los motines lo hacían sin ningún intento de disimular su sexo. No deseaban presentar una imagen andrógina; en definitiva, no se busca transgredir los modelos de género a través de la vestimenta como era lugar común durante el Carnaval, sino que procuraban presentar su derecho particular, de acuerdo con la tradición y el papel de su sexo.[37] En la protesta, explica Arlette Farge, las mujeres establecían su «identidad pública, aquella de la que carecían en tiempos normales», convirtiéndose en «representantes de la comunidad» para defender las costumbres agredidas o los intereses de la subsistencia.[38]

---

[34] Ramón García Piñeiro, «Boina, bonete y tricornio. Instrumentos de control campesino en la Asturias franquista (1937-1977)», *Historia del Presente*, 3 (2004), pp. 45-64.

[35] AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 85.

[36] Irene Murillo Aced, *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, p. 149. Mercedes Yusta Rodrigo, «Las mujeres en la resistencia antifranquista: un estado de la cuestión», *Arenal*, 12, 1 (2005), pp. 5-34.

[37] Pamela B. Radcliff, «Elite Women Workers and Collective Action: The Cigarette Makers of Gijón, 1890-1930», *Journal of Social History*, vol. 27, 1 (1993), pp. 85-108, esp. pp. 100-102. Carlos Gil Andrés, «Sobre faldas y pantalones. Mujeres entre lo público y lo privado en la Calahorra contemporánea, *Kalakorikos*, 7 (2002), pp. 185-202, esp. pp. 188-189.

[38] Arlette Farge, «La amotinada», en George Duby y Michel Perrot (dirs.): *Historia de las mujeres en Occidente, del Renacimiento a la Edad Moderna,* vol. 3, Madrid, Santillán, 1992, pp. 503-520. Víctor Lucea Ayala, Víctor: «Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX», *Ayer*, 47 (2002), pp. 185-207.

Un motín antifiscal paradigmático[39] lo encontramos en marzo de 1956 en Maella. Comenzaba la mañana del martes día 13 cuando hizo presencia en el pueblo el agente encargado del cobro de las cuotas de los contribuyentes morosos por el tratamiento de la plaga del arañuelo en los olivares. Tan pronto como se propagó la noticia de que iban a practicarse embargos en los domicilios: «se lanzaron a la calle de manera sorprendente muchas mujeres y chicas adolescentes con el decidido propósito de perturbar el orden público, primero, y después, con ánimo de arrancarle, como fuera, al Agente Ejecutivo, los documentos cobratorios y hacerlos desaparecer de manera más insospechada». La llegada de refuerzos de la Guardia Civil de Caspe hizo fracasar la agresión al agente. Los grupos de mujeres y chicas –ochenta según las autoridades– que habían ocupado la plaza de España del pueblo, se dirigieron con actitud provocativa y con tono insultante. Una de ellas, Pilar Fuentes, profirió gritos conminando al resto «a insultar al alcalde que tiene toda la culpa del pago del tratamiento del arañuelo», pero la amenaza no fue seguida. Mas solo consiguió poner fin a la actitud agresiva la suspensión de los embargos ordenadas por el Gobernador Civil y transmitida a las autoridades locales.[40]

Si bien tomaron parte en el tumulto personas que carecían de medios económicos –las mujeres habían comentado que, «antes de morirse de hambre no dejarían que se les embargasen sus bienes»–, la autoridad reconocía también a «un grupo de personas que capitanean esa actitud que podríamos llamar de rebeldía a las normas legales y que además concurren las circunstancias de que están en bastante buena posición económica». Por lo que podemos pensar en un sentimiento colectivo de agravio, más que en una mera respuesta espasmódica de las clases populares al modo en que escribió, por ejemplo, Ortega y Gasset: «en los motines que la escasez provoca suelen las

[39] Un motín de subsistencia clásico acontecido en el primer franquismo, en la provincia de Lugo, puede verse en María Jesús Souto Blanco, «Una revuelta de hambre en la Galicia del primer franquismo: O Saviñao», *Pasado y Memoria*, 2 (2003), pp. 241-254. En cuanto a su fenomenología, que manifiesta una continuidad con el periodo precedente, pueden hallarse sendos ejemplos en los trabajos de Víctor Lucea Ayala, *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Zaragoza, Institución Fernando el católico y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005, pp. 219-220. Carmen Frías Corredor, «Conflictividad, protesta y formas de resistencia en el mundo rural. Huesca, 1880-1914», *Historia Social*, 37 (2000), pp. 97-118. Óscar Basceñán Añover, *Protesta y supervivencia, movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2008, pp. 170-177. Un análisis del motín antifiscal en la España contemporánea en Demetrio Castro Alfín, «Protesta popular y orden público: los motines de consumo», en José Luis García Delgado *et al.* (eds.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 109-123

[40] AHPZ, GC, Caja A-8802, Exp. 112.

masas populares buscar el pan, y el medio que emplean suele ser destruir las panaderías».[41] Según la autoridad, «los grupos de mujeres que provocaron el movimiento de protesta estaban *influidas sin duda por individuos mal intencionados* que aprovechan todas las coyunturas que se presentan para manifestarse contra cuantas órdenes dimanan de la Superioridad (subrayado del autor)».[42] Esta «teoría del agitador externo» –según Rod Aya– argüida por el poder como causa explicativa de la acción colectiva, vendría a sustraerles toda capacidad de acción autónoma y consciente a los sujetos históricos, en este caso, a las mujeres.[43] Sin embargo, más allá del discurso dominante, queda patente su racionalidad. Los fenómenos como este ponen de manifiesto cómo los actores producen significados, comunican, negocian y toman decisiones y, a la postre, construyen una identidad colectiva.

A los protagonistas de los hechos acontecidos en Maella les serían impuestas una serie de multas en concepto de «alteración del orden con motín»: en total, once individuos considerados instigadores serían condenados a pagar 500 pesetas; otras cuatro personas, que tuvieron una actuación menos destacada, pagarían 100 pesetas; y, finalmente, se le impondría una multa de 2500 pesetas a Pilar Vicente Moreno por su papel instigador del motín y especialmente por «haber incitado a un grupo de mujeres en la vía pública a insultar al alcalde». Pilar tenía sesenta y cuatro años, era de «ideología izquierdista», aunque no había militado en ningún partido, y se consideraba «de buena conducta», aunque «indiferente a la Causa Nacional». Con fecha del 8 de junio de 1956 dirigió una carta de súplica, en la que estampó su huella dactilar «al no saber firmar»:

[41] La imagen dominante de la magmatización de los amotinados está presente en la visión aristocratizante de José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Barcelona, Austral, 2017, p. 125 (1929, 1.ª ed., 1937). Estas visiones de la protesta como una neurosis colectiva se deben a la influencia de los decimonónicos psicólogos de la muchedumbre como Gustave Le Bon, *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 1986 (1.ª ed., 1895) y Gabriel Tarde, *La opinión y la multitud*, Madrid, Taurus, 1986 (1.ª ed., 1901). Asimismo, enraízan con los discursos de Edmun Burke o H. Taine sobre el populacho de la revolución francesa. Hay que decir que fue el gran historiador Georges Lefebvre quien primero arrumbó estas concepciones. George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 234-235 (1.ª ed., 1964); ídem, *El rostro de la multitud, estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, 2000, pp. 94-95.

[42] AHPZ, GC, Caja A-8802, Exp. 112.

[43] Rod Aya, «Reconsideración de las teorías de la revolución», *Zona Abierta*, 36-37 (1985), pp. 1-80, esp. pp. 24-25. James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 79-80 (1.ª ed., 1990). Alberto Melucci, «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales», *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 153-177.

> Como breves antecedentes podemos acreditar nuestra condición de modestos labradores, con algunas tierras propias, casi todas ellas en secano, pero que a consecuencia de las sequías, enfermedades y una grave operación quirúrgica que tuvo que sufrir mi marido Manuel Galluza Ruiz, practicada en Zaragoza por el Dtor. Lozano, fueron reveses que pusieron en grave peligro nuestra pobre economía doméstica. No ha sido suficiente nuestro trabajo honrado e intensivo para salir de los graves apuros que las circunstancias adversas ya dichas nos habían sumergido. Y así somos deudores en la Caja de Ahorros, Banco Central, e incluso también de algunos particulares que a la vista de nuestra situación, no vacilaron en acudir en nuestra ayuda.[44]

Asimismo, alegaba que nunca habían regateado esfuerzo alguno para acudir al pago de las obligaciones fiscales, «solamente en esta oportunidad del arañuelo, y a la vista de que, según algunos rumores, en algunos pueblos comarcanos se concedían demoras a los contribuyentes que la precisaban», decidieron esperar al pago en circunstancias más propicias, pero se vieron sorprendidos por las fuertes heladas del mes de febrero, con graves daños para los olivares. Señalaba, además, que en ningún caso era su intención insultar al alcalde «de cuyos sentimientos de honradez, amor a su pueblo y a España, nadie puede dudar», tan solo buscaba su intermediación.[45] Este tipo de códigos expresivos de súplica dirigidos a las autoridades, como señala Verónica Sierra, además de constituir documentos únicos, nos hablan de las estrategias que utilizaron las clases subalternas para hacer valer sus propios intereses en un mundo que les era contario. Durante el franquismo son abundantes los epistolarios de ruego revestidos del discurso oficial y de argumentos antipolíticos, que hacen uso de nociones de honradez y valores morales, y que apelan al deber familiar. Se trata de una estrategia para evitar la represión que, las más de las veces, tomó forma en un espacio feminizado.[46] Gracias a la carta de súplica, Pilar consiguió que la multa fuera rebajada a 1000 pesetas.

---

[44] AHPZ, GC, Caja A-8802, Exp. 112.

[45] *Ibidem*.

[46] Verónica Sierra Blas, «"En espera de su bondad, comprensión y piedad." Cartas de súplica en los centros de reclusión de la guerra y la posguerra españolas (1936-1945)», en Antonio Castillo Gómez y Verónica Sierra Blas (eds.), *Letras bajo sospechas: escritura y lectura en los centros de internamiento*, Gijón, Trea, 2005, pp. 165-200. Irene Murillo, «"A vuestra Excelencia con el mayor respeto y subordinación". La negociación de la Ley "desde abajo"», en Julián Casanova y Ángela Cenarro (ed.), *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1945)*, Barcelona, Crítica, 2014, pp. 203-226. Óscar Rodríguez Barreira, «Señor ten piedad... Discurso público, cultura popular y resiliencia en las cartas de los presos al Generalísimo», en Antonio Mínguez Macho (ed.), *Ni verdugos ni víctimas. Actitudes sociales ante la violencia. Del franquismo a la dictadura argentina*, Granada, Comares, 2016, pp. 59-78.

La puesta en marcha de la acción colectiva para defender los intereses de la comunidad también se llevó a efecto en Atea, en la comarca de Daroca, el 19 de octubre de 1956. Esta vez, se reunían de forma pacífica un grupo de hombres y mujeres de unas cien personas para protestar por la destitución del médico de aquella localidad, el Dr. Clemente Marta Franco. Las gentes se concentraron en la casa del médico para exigir que se atendiese a algunos enfermos graves y, luego, las protestas se trasladaron a las puertas de la casa del alcalde, que, alegando estar enfermo, delegaba sus funciones en su subordinado, el primer teniente de alcalde. Así, las personas congregadas se dirigían al ayuntamiento «en plan pacífico», donde se hallaba reunido el Concejo, y formalizaban un escrito dirigido a la primera autoridad provincial solicitando la destitución del alcalde y la continuidad del médico.[47] Este tipo de protestas contra la autoridad municipal por un sentimiento colectivo de agravio están presentes en otros contextos rurales similares. Conxita Mir recoge un caso de contestación social por medio del canto popular para denunciar las corruptelas del alcalde de Suñé en materia del estraperlo de aceite, en 1951. En esta localidad del sur de Lérida, más de un centenar de personas se congregaron a las puertas del ayuntamiento –mientras se estaba celebrando el pleno– al grito de «fuera el alcalde y viva el secretario» para, acto seguido, entonar una canción popular. En este caso, a quince personas les fueron impuestas penas de tres meses de arresto mayor y 2000 pesetas de multa.[48]

El modelo de protesta

Los dos episodios principales de confrontación que hemos expuesto –los de Tarazona en 1941 y Maella en 1956–; así presentados, sin establecer una cesura en torno a los mismos, parecerían desdibujar los distintos contextos históricos en que acaecieron, y, por tanto, podrían llevarnos a soslayar su misma especificidad. Antes bien, en nuestra aproximación, consideramos necesario repensar las claves temporales cuasi infranqueables del relato historiográfico de «primer franquismo», «segundo franquismo» e incluso «tardofranquismo» —tal y como propone Ana Cabana—, en aras de construir análisis en el largo plazo y valorar de este modo las posibles continuidades y probables diferencias.[49]

[47] «Gobierno Civil de la Provincia de Zaragoza. Año de 1956. Negociado 3.º 1-65-26» AHPZ, GC, Caja A-41611.

[48] Conxita Mir, «Resistència política i contestació no formal a la Catalunya rural de posguerra», *Revista d´etnologia de Catalunya*, 17 (2000), pp. 83-97.

[49] Ana Cabana Iglesia, «Una mirada fugaz ante el espejo: el estudio de las actitudes sociales durante el franquismo», en Manuel Ortiz Heras (coord.), *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Granada, Comares, 2018, pp. 69-94, esp. p. 92.

Desde la historiografía de los movimientos sociales se entiende la protesta como cualquier acción colectiva de confrontación que se emprende para influir en la distribución existente del poder y remediar una situación de injusticia.[50] La protesta está protagonizada por individuos que se comunican por medio de redes sociales de carácter formal o informal. En toda articulación de la protesta social adquiere gran relevancia la circulación de la opinión. En los casos contenciosos explorados cobra un papel determinante el trasvase de información que ponen en marcha los actores que protagonizan los fenómenos de protesta. Se trata del mecanismo causal que McAdam, Tarrow y Tilly denominan «correduría» –aunque en su versión más simple–, y por el cual se crean nuevos actores colectivos.[51] Los participantes encuadran culturalmente el conflicto social, interpretan la injusticia, construyen su identidad y defienden la eficacia de la acción. Así pues, el sentido popular que aglutina la protesta no debe ser entendido como una identidad previa al motín, sino que más bien se modela y conforma durante la misma acción colectiva.

En ocasiones los intereses y solidaridades locales jugaron un papel clave en la articulación de formas de protesta durante las primeras décadas del franquismo. La demanda de justicia elemental venía reforzada por estos lazos de vecindad y parentesco.[52] La población a menudo manifestaba un gran rechazo ante la actuación de inspectores y agentes recaudadores de la Fiscalía de Tasas. El desacato por incumplimiento de las disposiciones fiscales era muy extendido, y suponía un grave problema para las autoridades. El motín para evitar el pago y el embargo de los bienes estaba perfectamente organizado. Tal y como podemos observar en el motín ocurrido en la localidad de Maella en 1956, los blancos de la multitud eran las figuras que encarnaban la autoridad, el agente recaudador y el alcalde. No podemos inferir de las fuentes el papel desempeñado por otras figuras locales. Y es que, como se ha constatado en el estudio de otros espacios durante el franquismo, como Galicia o Cataluña, la autoridad local de alcaldes, concejales e incluso autoridades locales de Falange o de los curas párrocos fueron

[50] Rafael Cruz, «Conflictividad social y acción colectiva: una lectura cultural», en Carmen Frías Corredor, y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 175-189. Rod Aya, «La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica», *Política y Sociedad*, 18 (1995), pp. 107-113.

[51] Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Dinámica de la contienda política*, Madrid, Hacer editorial, 2005, pp. 157-158.

[52] Algunos autores plantean que las bases para la acción colectiva en contextos campesinos dependen sobremanera de la preservación de las instituciones tradicionales que brindan solidaridad e independencia. Craig J. Jenkins, «Why do Peasant Rebel? Structural and Historical Theories of Moderns Peasant Rebellions», *American Journal of Sociology*, 88-3 (Nov., 1982), pp. 487-514.

decisivas en el surgimiento de actitudes contestatarias por parte de la población, al proporcionar cierto amparo a los participantes con respecto a la imposición de multas y condenas que la legislación preveía para esos graves incidentes.[53] En cualquier caso, es claro que las gentes que llevaron a cabo la protesta distaban mucho de ser una masa alienada.

Entre los rostros de la multitud de las protestas en el campo zaragozano encontramos gran cantidad de mujeres. Mujeres en las colas de racionamiento, en el mercado, el lavadero, la plaza, en el patio de vecindad... Ello nos remite a un mundo preindustrial en el que las mujeres se encargaban de las tareas de reproducción, cuidado de la casa y supervivencia familiar.[54] Cuando los impuestos o la carestía amenazaban la subsistencia, o las quintas ponían en peligro la seguridad de los suyos, las mujeres asumían la responsabilidad y salían a la calle a protestar de manera colectiva en defensa de los intereses de la comunidad, haciendo uso de su autoridad moral y siendo conscientes de que poseían cierta salvaguardia ante la represión de la autoridad. Este fue el caso de muchas mujeres barcelonesas provenientes de las clases populares en marzo de 1951, momento en que, enarbolando el grito de «pan y trabajo», protagonizaron boicots a los transportes públicos y protestas ante las condiciones de vida, coadyuvando al desencadenamiento posterior de una huelga general.[55]

Si alguna hipótesis podemos enunciar a partir del estudio de casos locales, esta no es otra que la larga pervivencia los motines y otras formas de protesta social tildadas de «tradicionales». Una razón fundamental explica la persistencia de estos repertorios –como plantea Carlos Gil Andrés–: la eficacia. No se trata, por tanto, de un atavismo, un fenómeno anacrónico y esporádico, sino de unas formas de acción, un itinerario y unos objetivos conocidos, con idénticos protagonistas, un moderado riesgo de represión y una notable capacidad para conseguir ciertos logros. Lejos de constituir rémoras de un pasado próximo a su desaparición, planteamos la necesidad de aprehender la protesta

[53] El papel de las autoridades locales como catalizadoras o posibilitadoras de la acción colectiva durante el franquismo marca una clara ruptura con los motines decimonónicos, donde este hecho no constituiría una precondición tan relevante. Algunos ejemplos de protestas de tipo tumultuario en el franquismo en Ana Cabana Iglesia, *La derrota de lo épico,* Valencia, Universitat de València, 2013, pp. 63-64 y 97-101. Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir*, *op. cit.*, pp. 99-102. María Jesús Souto Blanco, «Una revuelta de hambre en Galicia...», *op. cit*.

[54] Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 427.

[55] Fernanda Romeu Alfaro, *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, Ed. de la autora, 1994, p. 55. Gemma Ramos Ramos, «Tranvías y conflictividad social en Barcelona (marzo de 1951): actitudes políticas y sociales de una huelga mítica», *Historia contemporánea*, 5 (1991), pp. 203-220.

social desde la perspectiva de los actores históricos; situándonos, por tanto, en la línea interpretativa que estudia los fenómenos de acción colectiva dando primacía al análisis empírico y evitando la aplicación de categorías dicotómicas como «prepolítico-político» o «preindustrial-industrial».[56]

A la postre, se trata de interrogarnos acerca de las formas de resistencia en ausencia de lo que desde la historiografía de los movimientos sociales se ha dado en llamar «estructuras de oportunidades políticas»; esto es, marcos y coyunturas favorables en los que es posible la acción colectiva. Sidney Tarrow propone dirigir la mirada a la estructura del Estado como la primera y útil dimensión para determinar los marcos de posibilidad de la acción colectiva. En definitiva, para explicar el por qué la gente corriente sale a la calle arriesgando su vida y su seguridad para reclamar derechos. Por su parte Charles Tilly recuerda que la represión inhibe la acción colectiva, antes que constituir un desencadenante. Los sectores populares, en condiciones normales, llevan a cabo reivindicaciones solo cuando tienen cierta seguridad frente a la represión.[57] La coyuntura de profunda pauperización de los niveles de vida debió influir sin duda en la capacidad de respuesta de las clases populares al régimen nacido de la guerra. Para aquella población exhausta tras la guerra, el horizonte vital se reducía a la reconstrucción de lo cotidiano y la sobrevivencia[58]. En este sentido, autores como Michael Richard o Miguel Ángel del Arco han subrayado que la política autárquica contribuyó a cimentar el proyecto social y político franquista, al sumir a grandes masas de las clases subalternas en la pauperización y el terror, impidiendo así toda contestación posible.[59] Ante tales niveles de coerción, las formas de disenso pasaban por lo que el

[56] Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle*, *op. cit.*, pp. 427-441. Una categorización, a nuestro juicio, excesivamente rígida, y que plantea de forma implícita la existencia de una serie de estadios o fases en el desarrollo de las formas de acción colectiva en España, es la de José Álvarez Junco, «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista», en Joseph Gusfield y Enrique Laraña Rodríguez-Caballero (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, CIS, 1994, pp. 13-42.

[57] Sidney Tarrow, El *poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 147-149 y 155-178. Charles Tilly, *From mobilization to Revolution*, New York, Addison-Wesley, 1978, pp. 100, 106-107 y 115. Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 21-46.

[58] Pilar Folguera «La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo», *Ayer*, 19 (1995), pp. 165-187.

[59] Miguel Ángel del Arco Blanco, «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, 76 (2009), pp. 245-268. Michael Richards, *Un tiempo de silencio. Guerra Civil y cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006, (1.ª ed., 1998).

antropólogo James C. Scott ha denominado resistencias cotidianas. Todo un conjunto de «armas de los débiles», acciones individuales y silenciosas, a veces revestidas de una ingenuidad calculada, como el robo, el furtivismo, las roturaciones ilegales, o la defraudación de la cosecha ante el Servicio Nacional del Trigo, etc., que constituían una verdadera «infrapolítica» de los grupos subordinados.[60]

A nuestro juicio, de lo que se trataría de analizar es en qué medida el franquismo logró desvanecer completamente la persistencia de los rasgos culturales y políticos que definían la sociabilidad y la cosmovisión de las clases trabajadoras y campesinas. Sin caer en una concepción dicotómica que oponga resistencia a consenso, como bien han señalado los historiadores sociales del franquismo, cabe plantear la permeabilidad de las fronteras sociales.[61] Por principio, como escribió Foucault, «donde hay poder hay resistencia», ya que las relaciones de poder no pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia. Estas, además, son variadas, con frecuencia móviles y transitorias; «introducen en la sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en el interior de los propios individuos».[62] Como formula Ranahit Guha, si bien «la práctica de la dominación genera códigos de deferencia y sumisión», también la práctica y «experiencia» común de la insurgencia ha ayudado a desarrollar «estructuras de resistencia»; estructuras que son operativas, aun de manera débil y fragmentaria, incluso en la vida cotidiana y en la resistencia individual y de grupos minoritarios.[63] En este sentido, Ana Cabana habla incluso de la existencia de una "cultura de la resistencia" entre los campesinos, producto de una memoria colectiva y un acervo común, que determinaría la génesis histórica de los modos de resistencia y fundamentaría la tipología que estos eligieron para defender sus intereses. Las poliédricas formas de protesta campesina que se dieron desde la inmedia-

[60] James C. Scott, *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, New Haven, Yale University Press, 1985. Ídem, «Formas cotidianas de rebelión campesina», *Historia Social*, 28 (1997), pp. 19-38.

[61] Antonio Cazorla Sánchez, «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y política*, 8 (2002), pp. 303-320. Jordi Font i Agulló, «"Nosotros nos cuidábamos de la política". Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959», *Historia Social*, 49 (2004), pp. 49-66. Miguel Ángel del Arco Blanco *et al.* (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013.

[62] Michael Foucault, *Historia de la sexualidad. Vol. 1: La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1992, pp. 75-77 (1.ª ed., 1984). Ídem, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1978, pp. 153-162.

[63] Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 107 (1.ª ed., 1982). Véase también Henry A. Landsberger, «Disturbios campesinos: temas y variaciones», en Henry A. Landsberger, (ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 11-84, esp. pp. 45-46.

Jerónimo Zurita, 98. Primavera 2021: 113-132 ISSN 0214-0993

ta posguerra hasta las postrimerías de los cincuenta manifiestan una marcada continuidad con respecto a la etapa histórica precedente. Eran las formas en que los campesinos, tradicionalmente, trataron de minimizar y adaptar amenazas para su espacio de reproducción socioeconómica, como la expansión capitalista y la consolidación del Estado liberal en el siglo XIX y, mucho antes, contra las exacciones de la nobleza y la Iglesia.[64]

Conclusiones

Aunque el régimen franquista no se sintió realmente amenazado por estas formas de protesta, jamás fueron toleradas; hasta el punto de que el más sordo rumor fue sometido a una estrecha vigilancia. Toda forma de disenso era interpretada como un gesto de oposición política y como tal castigado. La dicotomía vencedores y vencidos, creada por la cultura de guerra,[65] siempre estuvo presente e incluso fue alentada por discursos y prácticas que permearon en todos los niveles de la sociedad y el Estado, de acuerdo a la racionalidad de la gubernamentalidad franquista. La concepción del derecho penal del enemigo, fundada en la excepción permanente, establecía la normal y dividía radicalmente a la población de acuerdo con el criterio «amigo-enemigo».[66] En virtud de ello, la autoridad siempre recurrió a los antecedentes políticos del infractor o infractora del orden social. Y, no es menos cierto, que esos antecedentes políticos y sociales podían ser definitivos a la hora de percibir una misma actuación como un acto contra el régimen o como un hecho permisible.

Durante los largos años cuarenta no era posible recurrir a formas de protesta abiertas contra el poder. Los hechos contenciosos que adquirieron la forma de protesta tumultuaria o motín fueron excepcionales, como ya advirtió en su tiempo Ramiro Reig.[67] Por este motivo son también bastante exiguos los trabajos que han abordado estas realidades, y a ello ha contribuido no poco el escaso eco que las mismas han dejado en las fuentes. Con todo, el estudio de la protesta resulta factible y necesario, ya que permite conocer las estructuras sociales subyacentes a través de un periodo de tensión, y porque la documentación generada por los conflictos –a pesar de sus límites– nos ayuda a conocer cómo viven y piensan aquellos que normalmente no tienen

[64] Ana Cabana Iglesia, *La derrota de lo épico, op. cit.*, pp. 43-48 y 140. Ídem, «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288.

[65] Claudio Hernández de Burgos, «De la cultura de guerra a la cultura de la victoria: los vencedores y la construcción de la dictadura franquista (1936-1951)», *Pasado y Memoria*, 15 (2016), pp. 123-148.

[66] Ignacio Tébar Rubio-Manzanares, «El "derecho penal del enemigo"...», *op. cit.*, pp. 249-250.

[67] Ramiro Reig, «Repertorios de la protesta...», *op. cit.*, p. 38.

voz propia en la historia.[68] Todos los hombres y mujeres que desarrollaron formas de resistencia cotidiana, o participaron en las formas de protesta que hemos descrito, ni que decir tiene, no eran fervientes antifranquistas. Sin embargo, las actitudes sociales fueron extraordinariamente fluctuantes. Bajo un sistema tan represivo como fue el franquismo, la mera comisión de un delito común podía tener consecuencias políticas dentro de la jurisdicción militar; como por ejemplo, en el marco de la lucha contra el maquis y los sabotajes, en vistas de la Ley de Seguridad del Estado del 29 de marzo de 1941.

El régimen político franquista suavizó la severidad con que gobernaba solo cuando los efectos de la represión y el control social habían dado ya sus frutos. El estado de guerra se mantuvo vigente hasta 1948; un poco antes, en junio de 1947, tras la celebración del referéndum –«Franco sí, comunismo no»– se aprobó la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado; un poco después, hacia los años cincuenta, la guerrilla del maquis fue derrotada definitivamente. La resistencia cotidiana o el disenso no pasaba por rehacer las organizaciones políticas, ni tenía como fin derrotar al Régimen. Sin embargo, su misma existencia constituyó una impugnación de esa obediencia y sumisión pretendida por la autoridad. En tal sentido, las acciones contenciosas que hemos estudiado permiten delinear esos mismos marcos de fractura en la medida en que no son sino espejos de una misma realidad ¿Qué es el agravio moral? ¿Y, bajo qué condiciones sucede?[69] Estamos en presencia de un extraño tipo de discusión ideológica sobre la justicia y la dignidad en la que uno de los interlocutores tiene un severo defecto en el habla provocado por las relaciones de poder. «Si queremos escuchar su parte en el diálogo –como propone Scott– tenemos que aprender su dialecto y sus códigos».[70]

Recibido: 15/10/2020
Revisado: 26/1/2021
Aceptado: 24/3/2021

[68] Eduardo González Calleja, *Asalto al poder*, *op. cit*., p. 37.

[69] Barrington Moore, *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, London, Palgrave MacMillan Press, 1978, p. 458.

[70] James C. Scott, *Weapons of the weak*, *op. cit.*, p. 301. Ídem, *Los dominados*, *op. cit*., p. 200.